



- Romero Medina, Raúl. *La fábrica de las casas del infantado en Guadalajara (1376-1512). Los usos y las funciones artísticas de la temprana Edad Moderna en España*. Guadalajara: Excma. Diputación Provincial, 2024. 506 páginas, 28 ilustraciones.

El conjunto palaciego que los Mendoza crearon en Guadalajara y que conocemos como Palacio del Infantado, puede remontarse a la octava década del siglo XIV, pues en 1376 el concejo de la ciudad concedía a Pedro Díaz de Mendoza, mayordomo del rey Juan I, un caño de agua “para las vuestras casas mayores que vos agora fecistes”. Sin embargo, fueron el segundo duque del Infantado, don Íñigo López de Mendoza, y su esposa doña María de Luna quienes lo convirtieron en una de las mayores construcciones civiles de la nobleza castellana a finales de la decimoquinta centuria.

Francisco Layna Serrano publicó en 1941 un trabajo titulado *El Palacio del Infantado de Guadalajara. Obras hechas a finales del siglo XV y artistas a quien se deben*, en el que aportaba un importante conjunto de noti-

cias documentales. A pesar de tratarse de un estudio modélico para su época, dejaba muchos aspectos del edificio sin explorar, aspectos en los que ahora se adentra el libro de Raúl Romero Medina para hacer una nueva lectura de un monumento singular de fines de la Edad Media. Los espacios que formaron parte de las casas del Infantado son objeto de un análisis minucioso, que parte de una exhaustiva revisión documental y contempla todas las perspectivas que convergen en la actual disciplina de la Historia del Arte. Por tanto, atiende a los elementos formales propios de la arquitectura gótica de finales del siglo XV y comienzos del XVI y de su principal maestro ejecutor, Juan Guas, pero también se detiene en las labores de patronazgo masculino y femenino y se acerca a las lecturas visuales y simbólicas que ofrecen la estructura y la decoración de los diferentes espacios.

Palacio, poder y territorio se encuentran íntimamente relacionados en un estudio que Raúl Romero estructura en cuatro partes. En la primera trata sobre las obras del palacio y sus dependencias anejas. Comienza revisando en profundidad la documentación del edificio levantado por Pedro de Mendoza, el de Aljubarrota, y analizando los restos conservados, a pesar de la gran transformación que llevó a cabo el II Duque del Infantado un siglo después, lo que le permite replantear las fechas de la fachada y los corredores del patio. El punto de partida para el estudio de esta segunda fase de construcción es la información que aportan las cuentas de los años 1493 a 1497, a la que se suman otras noticias anteriores, puesto que las obras comenzaron hacia 1483. No se tratan las reformas realizadas a partir de 1569, tema del que se ocupó este mismo autor, junto a Fernando Marías, en una publicación de 2004 titulada “Juan Guas y la obra del Palacio del Infantado en su contexto constructivo: intervenciones y restauraciones de un edificio finimiedieval (Siglos XVI-XVIII)”. El objetivo del presente libro es el estudio del legado de la tradición hispana, compuesta en este momento final de la Edad Media por una arquitectura gó-

tica de raigambre extranjera mezclada con particularidades propias, “lo morisco”, y con las formas de adaptación, interpretación o remodelación de los artistas que trabajaban en Castilla.

En la segunda parte se aborda la participación de los diferentes maestros, especialmente Juan Guas, a quien se debe el diseño de la fachada y el patio, y Egas Cueman, que tendría un papel fundamental en las soluciones estereotómicas y en los trabajos decorativos de alta calidad. Se estudian también las relaciones contractuales con canteros como Lorenzo de Trillo, la importante labor de los alarifes y la de tapiadores, carpinteros, herreros, yeseros, azulejeros o pintores.

La tercera parte se dedica al léxico artístico relacionado con trabajos especializados (materiales, herramientas, técnicas, transporte) y a los aspectos sociales y económicos de la historia de la construcción.

Por último, Raúl Romero se adentra en la semántica y la iconografía de unos espacios que han sufrido importantes transformaciones a lo largo de la Edad Moderna y, posteriormente, graves destrucciones, especialmente con los bombardeos de 1936. La denominación de los distintos ambientes dependía de sus elementos iconográficos (por ejemplo, el Cuarto de los Salvajes), de los objetos que contenían o de su finalidad

representativa. Así, se pone de manifiesto la importancia de conocer la denominación, no solo para hacer una correcta caracterización histórica, sino también para comprender los usos y funciones, lo que nos conduce hacia un claro reflejo del mundo cortesano y suntuario que la nobleza castellana importó desde Borgoña y los Países Bajos, al mismo tiempo que heredaba el refinamiento propio de Al Andalus. Don Íñigo de Mendoza, II duque del Infantado y promotor artístico del palacio, se ocupó de revestir las diferentes “cuadras” con los elementos adecuados: armaduras de madera, mobiliario y textiles que en su mayor parte han desaparecido, pero a los que el autor se aproxima a través de los encargos y contratos conservados.

Completan el volumen un generoso apéndice documental, que incluye la transcripción de cien contratos relativos a la construcción del palacio entre 1493 y 1497, un apéndice fotográfico con buen número de imágenes históricas, un glosario y una relación alfabética de los artífices. No es extraño que la obra haya sido galardonada con el Premio Provincia de Guadalajara de Investigación Histórica Layna Serrano 2023.

María Victoria Herráez Ortega

Universidad de León

DOI: 10.18002/da.i24.9402